

EL ÉXTASIS

En mi colegio, uno público de la Zona Franca solo de niñas, tenía una señorita muy estricta que no nos dejaba hablar nada. Quería que siempre estuviéramos en completo silencio, como si corriéramos algún tipo de peligro y nos conviniera pasar desapercibidas. Se llamaba Ceferina.

La señorita Ceferina explicaba su lección y acto seguido nos ponía a copiar o hacer ejercicios y, mientras, ella se sentaba, abría muy despacio el cajón de su mesa y, después de unos rápidos, precisos y crujientes movimientos, con un gesto veloz, se metía en la boca un bombón que se comía con la boca cerrada, como si fuera una ardilla, y se ponía a pasear lentamente entre nosotras, mirando nuestras libretas por encima de nuestras cabezas. Sobre el silencio sepulcral del aula se oían las prolongadas embestidas de la lengua de doña Ceferina contra el paladar, la fricción reseca de sus labios color fucsia y, finalmente, la saliva descendiendo por el triángulo invertido que la propia señorita nos había enseñado que era “la laringe”. A veces, alguna niña, sorprendida por el ruido, levantaba la cabeza y miraba a la señorita y entonces ella se llevaba la mano al pecho y, a modo de disculpa, decía: “Es que tengo hipoglucemia” y todas pensábamos “qué suerte”.

Un día, justo cuando doña Ceferina acababa de explicar, llamaron a la puerta y la señorita, sobresaltada, dejó sobre la mesa el bombón que acababa de desenvolver. Era cuadrado y tenía tres capas: la de abajo era de chocolate con

leche, la del medio de chocolate blanco y la de arriba de chocolate negro. No me extraña que la señorita Ceferina se relamiera de aquella manera y que siempre, al tragarse el bombón, justo antes de decir “a corregir”, se despidiera de él con un amoroso suspiro, como aquellas novias que despedían a sus enamorados en el puerto.

El bombón no tenía nombre, pero yo lo bauticé como “Bombón Delice”, porque debía ser una delicia comérselo. Un día salí a la pizarra a escribir una esdrújula y escribí “éxtasis”, que la había leído en una estampa de Santa Teresa que salía en el catecismo, pero cuando la señorita me preguntó qué significaba, no lo supe. Mientras doña Ceferina me amonestaba desde el otro extremo de la clase para que todas la oyeran bien, yo bajé la mirada y pude ver en el interior del cajón abierto cinco o seis envoltorios de Bombón Delice. Eran de oro y por dentro tenían un papelito blanco de seda. Un poco más al fondo pude ver un Bombón Delice entero, como un pequeño lingote de oro, liso y resplandeciente.

—Anda, siéntate, que siempre estás en el limbo —me dijo la señorita Ceferina— y yo me senté y me imaginé ese lugar, el limbo, lleno de oro, papel de seda y chocolate negro, blanco y marrón.

Como era bastante patosa, pero, no obstante, me gustaba el deporte, siempre llevaba mercromina, en el codo o en la rodilla. Nunca supe si servía para algo, pero tenía un color precioso y daba cierto prestigio de niña rebelde que me encantaba, como si fuera un tatuaje carcelario.

Por encima de mí, solo había dos categorías más: las que se rompían una falange haciendo baloncesto, que llevaban el dedo entablillado, y las mejores de todas: las enyesadas. Niñas que se rompían alguna parte, un brazo o una pierna, y un buen día aparecían con su yeso y sus muletas o su cabestrillo. Al comienzo les gustaba que estuviera bien blanco, y le prodigaban mil cuidados con la goma de borrar, ya que les habían dicho que no se podía mojar porque, como nos había explicado la señorita Ceferina, era “soluble”, pero lo mejor era cuando el yeso, irremediablemente, se iba cubriendo de mugre y las niñas heridas nos dejaban escribir en él y leer lo que habían escrito las otras que eran siempre bobadas como “que te mejores”, “ánimo” o, las más ingeniosas, “vaya mala pata”, también hacían dibujos de perros y gatos aunque no vinieran a cuento. Yo dibujé una rata, que era más fácil y me salía bien, y la palabra “felicidades”, que a todas les pareció de muy mal gusto.

Cuando les quitaban el yeso, a causa de la inmovilización, tenían el brazo débil y no podían escribir, así que mientras las demás estábamos con la cabeza agachada y escribiendo como galeotes, ellas se ponían bien cómodas, suspiraban y miraban por la ventana. Si lo que se habían fracturado era la pierna, mientras las demás sudábamos y jadeábamos corriendo como galgos en el gimnasio, ellas se sentaban en una banqueta hojeando perezosamente un libro y de vez en cuando soltaban una risita maliciosa cuando alguna de nosotras se caía saltando al potro o se torcía haciendo la voltereta.

Muchos años después de todo esto, conseguí aprobar una oposición y un día de lluvia resbalé y me caí por las escaleras del ministerio. Me fracturé la tibia; el peroné no. El caso es que un practicante muy guapo me enyesó de maravilla, como si fuera un albañil; nos enamoramos y un día vino a merendar a casa, con su madre, trayendo consigo una cajita envuelta en papel de seda rojo con un cordón dorado. Abrí el paquete con verdadero cuidado, como si fuera un cirujano, porque, como era una romántica, me guardaba el papel y el lazo como recuerdo. Levanté la tapa de la caja y un resplandor antiguo y cegador me invadió por completo. Allí estaban. Eran mis anhelados Bombones Delice, que no se llamaban así, se llamaban “Cortados”, un nombre mucho más feo. Mi madre me quitó la caja de las manos y la dejó sobre la mesa mientras agradecía el detalle y yo, ajena por completo a las visitas y al mundo entero, me abalancé por encima de mi pierna enyesada sobre uno de aquellos lingotes con el miedo consciente de quien tiene tan altas expectativas que forzosamente ha de llevarse un chasco, lo desenvolví y me lo metí entero en la boca, como la señorita Ceferina, apreté los labios y empecé a salivar, relamerme y a chasquear la lengua ante la mirada atónita del novio, la madre del novio y mi propia madre, que no sabía dónde meterse. Cuando hube derretido y mezclado bien los tres chocolates, me los tragué, suspiré y, por fin, supe qué era el éxtasis.